

Capítulo 1.

Una prematura gira con Dora Pom.

Miguel nació en la ciudad de Miradalta a fines de los sesenta, pero a los pocos meses de vida, cambió de ciudad debido al trabajo agitado de su madre (una celebre cantante de jazz, que hacia presentaciones en cada ciudad).

A decir verdad Miguel creció en un ambiente festivo, musical y sobre ruedas.

Dora Pom era el nombre de su madre (mejor dicho, ese era su apodo artístico, ya que en los documentos figuraba como Alicia Caceres). Entonces Miguel fue conocido y bautizado como "Pom Junior" durante su infancia.

El echo de que su madre no era una madre como todas las otras, le generaba grandes satisfacciones pero al mismo tiempo tenia numerosos problemas con su origen, identidad y con la insistente sensación de no pertenecer a ninguna parte.

Su madre era una artista bastante reconocida en los años psicodélicos, era una encantadora mujer con un aspecto que despertaba pasión de multitudes y con una voz que dejaba erizado a todos (independiente del genero del público).

Dora Pom grabó seis discos en tan solo cuatro años, ganó mucho dinero con las miles de copias que vendió de forma masiva y popular en treinta países diferentes, realizando una gira que duró lo que duró su vida.

Cuando Miguel tenia cinco años, su madre muere de forma accidental en uno de sus viajes profesionales.

Casualmente ese trágico día, Miguel estaba con treinta y nueve de fiebre y se quedó haciendo reposo en la casa de uno de sus tíos en el pueblo vecino a donde su madre realizaría un concierto de jazz, con la banda sinfónica mas destacada de ese país.

Miguel no tiene recuerdos claros de ese día, ya que estaba muy afiebrado y su corta edad no le permitía tener una real consciencia de lo que estaba sucediendo.

Tiene algunos sutiles pasajes que no puede definir en imágenes, recuerda la posición de su cuerpo extendida en una cama amplia, una supuesta luz que se enciende transmitiéndole calor en la cara.

Gente que pasa apresurada de un lado hacia otro de la sala, sonidos de llaves, un teléfono que no cesa de sonar, llantos, gritos, puñetazos y luego un intenso silencio.

Cuando Miguel recuerda tiene una sensación de angustia que no sabe como describirla, sabe que vivió un estado de consciencia alterada (quizás por su corta edad o por la fiebre o por ambas) pero no puede verlo claramente.

Recuerda que esa noche tomó un jarabe artificial y dulzón y luego lavó sus dientes con un dentífrico que le dejó un gusto alimonado desagradable.

Tiene valiosos episodios de memoria sensorial, algo verdaderamente increíble!

Recuerda que esa noche tenia un pijama que le quedaba chico y eso lo hizo dormir incómodo, teniendo desagradables pesadillas dérmicas.

Esa franela que lo envolvía por primera vez en la casa de su Tío Tom (al que solo había visitado tres veces en su vida) lo despertaba cada quince minutos.

Miguel piensa que lo que lo despertaba era el sabor cítrico alcoholizado de aquella extraña crema

dental que de cierto modo era el grito de dolor de su madre.

Capítulo 2.

Una valija que se transforma en placard.

A los cinco años Miguel tenía un aspecto robusto, una larga cabellera que le tapaba los ojos (pero que estaba a la moda en la época) y una valija de grandes dimensiones que no sabe bien de que color era. Lo que sabe perfectamente es el olor que había dentro, era una mezcla de incienso con naftalina, un olor extraño, mezcla de rosas con olvido.

En su valija habían lapices con aromas a maderas, jabones artesanales que venían empaquetados en cajas alargadas (que dejaban respirar un poco del pecho de su abuela matema), pastillas antisépticas con olor a frambuesa y algunas remeras bien planchadas con fragancia suave del sol de primavera. No sabe decir el color de la valija, pero paradójicamente recuerda el sabor metálico que quedaba en sus dedos cuando abría y cerraba con sus regordetas manos el cierre ancho de la abertura.

Miguel puede describir perfectamente la textura de la valija "era agamuzada, lisita, tibia y con algunos pliegues irregulares en los costados".

Pero no sabe decir de que color era.

Vació la valija con respeto y ternura, durante sus primeros años ese había sido su placard.

Ahora no solo tendría un placard, sino que los futuros viajes serian a partir de ahora, vacaciones.

Algunas noches después de la muerte de su madre, sus tíos (Tom estaba casado con una amable mujer del campo que sonreía cada dos o tres palabras llamada Mary) le ofrecieron un perro muy gentil que lo acompañaría durante los futuros años.

Miguel comió día tras día los menús campestres y exquisitos que Mary preparaba (aveces con su ayuda) y así fue proyectando en esa mujer de sonrisa musical una nueva figura materna.

Los sonidos de la casa eran dulces y armoniosos, las cacerolas parecían mantenerse en equilibrio y los cubiertos cuando caían rebotaban graciosamente sobre el piso de madera.

Es cierto que Miguel no sabe decir con exactitud cuales eran las comodidades de aquel viejo caserón.

Pero la verdad es que recuerda claramente que la casa tenia cuatro inmensos pisos, pero Miguel solo conocía los dos del medio, ya que el sótano estaba estrictamente prohibido y el altillo estaba reservado para el trabajo de su tío Tom.

Osea que Miguel deambulaba por los pisos intermediarios en compañía de su perro Dino, jugando en las espaciosas salas de grandes ventanales.

Miguel se quedaba jugando a la hora de la siesta en el living principal sobre una alfombra peluda que solía peinar y despeinar con la palma de sus manos mientras sentía el calor del sol entrar por las ventanas desprovistas de cortinas.

Tom tocaba el piano por las noches (como aportando el postre improvisado luego del banquete).

Mary acariciaba la cabellera espesa de Miguel en las largas sobremesas de las nohечitas, aveces Mary cantaba algunas canciones en idiomas desconocidos desafinando graciosamente y finalizando con un aplauso y una risa animada.

Si bien Mary no entonaba ni interpretaba deliciosamente las melodías como lo hacia su mamá de origen, Miguel entendía que lo hacia con naturaleza y simpatía para intentar llenar aquel vacío

maternal que no tardo tanto en llenarse.

Mary era la nueva mamá de Miguel, nadie parecía sentirse contrariado por esta situación, ya que la familia de Miguel era pequeña y pseudo aristocrática.

Así que nadie se metía en la vida de los demás, su abuela matema que vivía en el extranjero venia a pasar navidad con ellos y parecía feliz de ver la nueva familia. La perdida de Dora fue triste para todos, pero en el aire familiar la muerte se respiraba con cierta naturalidad, su ausencia era mas liviana a soportar (quizás se debía a su éxito y su popularidad que prolongaba su vida en discos y afiches).

Miguel recuerda con ternura las caricias perfumadas de Mary, dice que venia siempre con las manos cargadas de mimos y aromas comestibles.

Los días preferidos de Miguel eran los días que comían pastel de papas, porque al pelarlas le quedaban entre las uñas algunos restos de tierra y eso le traía el olor a la humedad de los campos.

Los días de sopa, las manos quedaban exotícamente perfumadas por puerros, ajos, zanahorias y repollos, regalándole con un simple gesto de cariño un estival de verduras exquisitas. Era cotidiano el perfume a levadura en la cocina, ya que el pan se preparaba en el día. Pero las tardes de los sábados eran tardes especialmente dulces y gourmandas, ya que preparaba manjares exquisitos.

Eran altas y acolchonadas tortas bañadas en almíbar o espolvoreadas con nueces y canela, algunas veces era chocolate y otras caramelo.

Ni el mas apático de este mundo podría resistirse a saborear esa suave textura esponjosa que formaba con la simple mezcla de manteca, huevos y harina.

No fue tan dramático el cambio de vida en su infancia, ya que si bien las giras eran divertidas, repletas de regalos y canciones de cuna esa era la primera vez que tocaba tierra firme y la primera vez que pudo tener una mascota.

Dino era un perro muy gentil y obediente, cuando sus tíos se lo ofrecieron ya tenia un año y medio y un entrenamiento que lo hacia especial para niños.

Además el único niño de la casa era Miguel y allí no era "el hijo de Dora Pom" al que todos reverenciaban en calles, restaurantes y conciertos, sino que era agasajado por su sola presencia.

A pesar de la buena relación que los tíos tenían entre si y de su buena posición económica, no tenían hijos. Algunos piensan que quizás planeaban tener hijos mas adelante y el mas adelante no existió debido a la llegada inesperada de un sobrino huérfano.

Nadie sabe si eso es totalmente verdad o si es una simple conclusión externa de una situación misteriosamente domestica.

Lo que era claro es que el amor no faltaba en esa casa, los días eran disfrutados con la tranquilidad de aquellos que están conformes consigo mismos.

Algunas cosas fueron transformándose en la casa luego de la presencia de Miguel y él era consciente de eso.

Al poco tiempo de su llegada compraron un equipo de grabación de alta calidad y comenzaron a hacer versiones improvisadas de las canciones de Dora Pom en un trío increíble de risas, percusión en latas, palmas y un poco de recitados que surgían poéticamente.

La música no faltaba, tampoco los sabores refinados de una cocina sensible y creativa, las texturas de los muebles encerados decorados con carpetas de algodón y las paredes que parecían empapeladas de terciopelo, le daban al espacio una tibieza especial.

Cuando Miguel y Dino comenzaron a crecer, Tom y Mary perdieron completamente las esperanzas en la operación milagrosa (que venían discutiendo hacia unos años con el médico oftalmólogo de la

ciudad) el cirujano les había prometido un éxito rotundo pero había que esperar que Miguel tuviese algunos años más.

Cuando Miguel cumplió siete años los médicos se encontraron con un problema inesperado, finalmente no era tan sencillo someterlo a una riesgosa operación por nada.

Capítulo 3.

Mirando sin ojos, aprendiendo con oídos, manos y nariz.

Construyendo una mirada interna.

El sueño de sus tíos era que su sobrino querido, pudiese ver algún día los colores y las imágenes. Ya que la profesión y pasión de Tom era la pintura, Mary era muy sensible a las imágenes y esta situación la ponía triste por momentos.

Miguel nació ciego, creció ciego y nunca había sido consciente de su situación justo hasta el momento que sintió la necesidad de saber como era su reflejo.

Sus tíos dijeron que era el niño con los ojos azules más dulces que habían conocido.

Pero qué era azul para Miguel? cuáles eran las percepciones que un ciego podría percibir de un color que jamás había visto?

Fue un poco antes de la adolescencia que comprendió que sus ojos eran como el mar en que se bañaba, como el viento fresco por las mañanas (cuando no llovía) y como las pomposas hortensias del jardín.

Con el tiempo conoció los demás colores, supo que un rojo suele ser comestible, degustó tomates maduros y verdes, y allí encontró una gama de distintos tipos de rojo, los sabores dulzones y calientes lo llevaban a un mundo de intensa percepción escalata.

Calmó sus fuegos con los verdes frescos de las verduras, colocó en su boca ramos de lechugas y perejiles, masticó pasto en el jardín mientras se distraía con el vuelo amarillo de las mariposas.

En los atardeceres hacía un gran esfuerzo físico con sus ojos discapacitados, intentando ver el naranja que se pinta en el horizonte veraniego, pero entendió que el naranja existía en su mundo sin poder verlo.

Entonces sintió como los sonidos del saxofón eran anaranjados y estos a su vez también podían ser ocos.

Sus tíos (que eran seres extremadamente sensibles) lo fueron educando estimulando sus sentidos con experiencias que desarrollaban inevitablemente en él un mundo de gran conocimiento.

Entonces aquel gran caserón fue su escuela, su mundo y su poesía.

Tom trabajaba en la casa al igual que Mary (estos pertenecían al mundo de la burguesía lo que les permitía vivir en un constante mundo de realizaciones personales) eran una familia que compartía la vida con la liviandad del que no cree en castigos y nace en cuna de oro.

Tenían pocos amigos, quizás eran tan felices puertas adentro que tenían miedo que algún elemento discordante rompiese con el equilibrio íntimo del hogar.

Fue así que cuando Miguel cumplió los ocho años, sus tíos decidieron en común acuerdo comenzar con los cursos de lectura y escritura en Braille, a los pocos días la profesora Sofía, estaba instalada a las tres menos cuarto de la tarde de forma ininterrumpida.

Sofía tenía una excelente relación con los integrantes de la familia (sobre todo con Tom, al que admiraba por sus talentos artísticos coqueteándolo lenta y obsesivamente).

Las lecciones de Braille fueron fáciles y entretenidas, pero Miguel un poco celoso por el explícito juego de seducción de Sofía, comenzó una huelga de silencio que duró semanas.

Sus tíos preocupados por el comportamiento de Miguel consultaron rápidamente a un psicólogo infantil que le diagnosticó una leve depresión por causa de su discapacidad visual.

Miguel visitaría dos veces por semana el consultorio del doctor Zut (sin presentar resistencia alguna pero con un poco de resignación) un espacio tibio con olores siempre diferentes.

Un Miércoles por la tarde recuerda haber entrado sin golpear (síntoma de confianza que Miguel se había permitido) allí fue que sintió unos besos que se fueron apagando con su presencia, luego un viento que salía de alguna pollera acampanada, un taconeo ligero y luego una tos forzada.

Quizás se habría adelantado solo cinco o diez minutos a la hora acordada, y Zut estaba aprovechando de su hora libre en los brazos de su secretaria de voz gangosa, pero a decir verdad cuando Miguel entró en el consultorio sintió un perfume que reconocía, un aroma al que estaba tan acostumbrado que su nariz no podía clasificar.

La consulta de esa tarde fue un tanto extraña ya que no escuchó ni una de las solas preguntas que Zut le planteaba, solo intentaba reconocer ese perfume que para sus sentidos era evidente pero para su razón nada fácil.

Camino a casa y guiado por Dino fue tarareando una canción desconocida (ese tipo de melodías que suelen evadir una idea fija), repasó unas cuantas veces el perfume de la sala con su memoria olfativa, no dejó un milímetro de olfato sin repasar. No encontró nada de nada, luego el arribo y la sorpresa.

Capítulo 4.

Ojos que no ven, corazón que no siente.

Un nuevo adiós en la vida de Miguel.

Cuando Miguel abrió la puerta se encontró con que la casa estaba vacía, las ollas estaban a medio tapar y en el ambiente se respiraba una fragancia desoladora.

Dino ladró violentamente, era la primera vez que se escuchaba la voz grave y con eco del lazarillo. Miguel fue impulsado bruscamente por su perro, tropezando y cayendo sobre algunas frutas desparramadas en el piso.

Una vez acostado, sintió el frío y el dolor de las baldosas, y allí se imaginó distintas situaciones, inmediatamente se imaginó un robo, un intruso, un extranjero que vino a matar lo que era suyo.

Se sintió intranquilo, desprotegido lleno de temores y de dudas.

Con esfuerzos consiguió ponerse de pie y tantenado los muebles miedosamente llegó hasta la otra sala buscando una respuesta.

No encontró nada, el silencio continuaba en esa insistente manía de herirlo.

Ese día todo era un misterio, su entrada inesperada al consultorio, la fragancia conocida de aquella

mujer que no tenía identidad, la canción sin sentido que tarareaba y ahora un momento inmóvil propio de una foto.

Una mujer viene a su socorro abrazándolo con culpa y con desolación, era Sofía (su profesora de braille) la imagen que Miguel no vio fue la de su tía Mary tendida sin vida en el piso de la cocina.

Miguel me dice cuando me cuenta esto "Nadie se imagina las ventajas de no ver, si mi tía hubiese sido ciega como yo, ahora seguiría con vida".

Él sabe que los infartos son producidos por las emociones fuertes y sabe que esa tarde los dos pasaron por la misma situación de sorpresa, no hay peor dolor que el de la traición.

La relación con su tío comenzó a ser distante pero necesaria, como la de un faro con los barcos en alta mar.

Tom estaba triste y la culpa no tardó en enfermarlo, convirtiéndolo en un alcohólico inservible.

No tardó mucho tiempo en reemplazar una mujer por otra, Sofía (la profesora de braille y amante) era la nueva mujer de la casa.

Para Miguel, Sofía representaba el exterior, la inseguridad, el afuera del espacio íntimo, ella había sembrado la tempestad en su hogar.

Ella era una mujer con un perfume extravagantemente azulado (pero no era el mismo azul que el del mar) sino era un azul similar al de las acelgas descompuestas.

La energía de la casa había cambiado, se respiraba silencio y dolor.

Sofía era una muy mala cocinera y una mujer de sonrisa silenciosa, sus manos eran alargadas, friolentas y con el mismo olor a joyas de todos los días.

Los sábados se habían convertido en lunes, la fiesta había terminado. Ya no eran tardes esponjosas y avainilladas, sino eran tardes con inodoros paquetes de papel que venían de confiterías desconocidas. Ella solía hablar de problemas de salud, del clima y de dinero. Hablaba poco de colores y de verduras como solía hacer Mary.

Los años habían pasado y Miguel tenía dieciocho años, la compañía de Dino era indispensable para movilizarse fuera del hogar.

Así fue que comenzó sus estudios de psicología en la Universidad de la ciudad de Buena Vista, independizándose de su tío y de esa mujer.

Capítulo 5.

Salir del capullo para ser mariposa.

El comienzo no fue nada fácil.

Los cuatro primeros años de estudio fueron exclusivamente de adaptación, ya que tuvo que seguir un ritmo de vida que se olvida de la minoría no vidente como él. Miguel era el único ciego de la generación y de la totalidad de la facultad.

Era tarea compleja conseguir libros y material en braille, entonces dependía mucho de aquellos compañeros solidarios que recitaban en voz alta páginas y páginas de psicoanálisis.

ES cierto que Miguel sabe que un psicólogo ciego no puede ver el brillo de unos ojos que hablan por

si mismos, pero también es cierto que hay sutilezas que se perciben a ojos cerrados y eso le daba cierto coraje para continuar.

Además necesitaba sanarse de las ausencias femeninas y de las fallas masculinas que lo afectaban y la psicología era una alternativa para lograrlo.

Fue a los veintidós años que comenzó a comprender algunas cosas que habían pasado en su vida, la ausencia de un padre anónimo, su primer infancia entre plumas y conciertos, la muerte, una nueva familia y una nueva pérdida.

Entre toda esa problemática había quedado muy atrás su discapacidad, Realmente Miguel se había perdido de gran cosa a causa de su ceguera?

Capítulo 6.

Perfumes que despiertan curiosidad.

En el último año de carrera, participó de unas jornadas de psicoanálisis que le permitieron conocer a Diana.

El destino quiso que Miguel se sentara al lado de esta señorita, mejor dicho el destino quiso que Diana se sentase a su lado, ya que Miguel tenía por costumbre sentarse en la primera fila del lado mas cercano a la salida (para evitar molestias).

Fue allí que Miguel percibió una brisa veraniega que venia en oleadas hasta su nariz.

Pensó que podía ser una linda mujer, pero prefirió prestar atención a las palabras del discurso analítico del jurado profesional que tenia frente a él.

Pero ese perfume parecía insistente y venia en busca de imaginaciones un poco eróticas que lo ponían en evidencia frente a los demás, por suerte y a pesar del calor sus ropas anchas lo protegían de miradas sospechosas.

Imaginó el tacto de unos tiernos y esféricos pechos exuberantes que lo trasladaban a planos de sublime éxtasis, luego imaginó unas mejillas redondeadas donde depositar numerosos besos, una nariz sin mucha personalidad y unos ojos repletos de pestañas arqueadas que le acariciarían con su pestañear.

Miguel quería concentrarse en los orígenes de la neurosis y no en el tacto de unos muslos perfectamente musculados. Pero el perfume de su vecina de banco lo ponía en un estado de efervescencia, invadiéndolo por completo.

Capítulo 7.

En búsqueda de la mujer sin rostro.

Al terminar el primer coloquio, la sala se puso de pie y todos tosieron entre palmas como síntoma de alivio, los micrófonos acoplaron los últimos chillidos mientras el aire entraba por la puerta que estaba a su derecha. Esa ráfaga fuerte de viento hizo que Miguel perdiera el rumbo, quedando desnordeado y huérfano de pistas.

La gente pasaba a sus costados (con la distancia holgada de quien pasa al lado de un ciego) dándose la mano, repartiendo buenos días y murmurando en los pasillos fuera de la sala donde se brindaba la

conferencia.

Miguel quedó solo en un rincón del pasillo, inmóvil como una estatua, esperando la próxima pista de aquella fruta vermellon que pasaría desparramando deseos.

Habló con algunos colegas que lo saludaron tímidamente al pasar, invitándolo a tomar un té en la terraza durante la pausa. El no aceptó, dijo que prefería descansar de pie y que luego quizás saldría a tomar el sol a la terraza.

Sintió el taconeo desparejo de una mujer que dejaba pistas de dulzura, pero era tanta la corriente de aire que no podía distinguir bien el color de la fragancia. Además Miguel imaginaba que la mujer a la que buscaba tendría zapatos mas bien chatos por lo que quedo en una duda tremenda que le despertaba ansiedad y deseo de fumar. Así fue que salió con su bastón a cuestas a la soleada mañana de junio echando humo como una locomotora, de golpe vino la brisa del mar que le humedeció el rostro y lo dejó sereno como un niño.

Sentía los sonidos de los pocillos, los mozos que agradecían los pedidos, el ruido del mar lejano. Los manteles de las mesitas de la cantina cargaban con el peso de la humedad propia del balneario. Sentía que el centro de mesa se doblaba con el viento oceánico , podría ser una rosa o un yuyo cualquiera metido en un florero barato.

Pidió un café al mozo menos charlatán, para evitar dar explicaciones sobre su percepción de las cosas y del mundo sin imágenes (ya le había ocurrido al menos una decena de veces despertar la curiosidad de los mozos) entonces con esta desición premeditada se ahorraría futuras charlas poco interesantes.

Capítulo 8.

Dialogo con Diana Freidman.

Cuando vertía el saché de azúcar en polvo en la diminuta taza, sintió que aquel aroma a sandías venia hacia él, estaba un poco sorprendido ya que sentía la seguridad de unos pasos que avanzaban a su mesa, definitivamente era ella, esa era la mujer que había despertado deseos.

-Buenos días, lindo el sol, verdad?

-Si..(balbuceo sorprendido).

-Digame, puedo sentarme en su mesa?

-Si, como no.

-Me llamo Diana Freidman y estudio psicología en el mismo instituto que usted, solo que curso en otro nivel. Estoy un año mas avanzada.

-A que bien, como sabe en que año de curso estoy? (luego de hacer esa pregunta pensó que era un poco estúpido ya que es fácil reconocer a un ciego entre la multitud cuando se ve).

Ella respondió sonriendo, Como es su nombre?

-Me llamo Miguel Caceres Pom

-A si? Cómo la famosa cantante de jazz que murió hace años en un pueblo cerca de aquí?.

-Si, exactamente como ella (respondió sonriente sin decir su parentesco).

-Diana usted usa un exquisito perfume que es cálido como su compañía.

-Bueno, gracias, es un perfume que uso desde hace algunos años y me gusta mucho también.

-No ha tenido problemas por oler tan bien?

Ella sonrió plácidamente ocultando detrás de la mirada ciega de Miguel sus cachetes colorados.

La segunda parte del congreso estaba siendo anunciada en los parlantes externos del hotel, desarmando las charlas y la agradable exposición de los estudiantes al sol.

-Disculpe que no pueda invitarla a tomar un café, pero no tuvimos tiempo, quizás mañana podamos continuar la charla (dijo Miguel sin miedo al rechazo).

Diana contestó un puede ser con una sonrisa, se levantaron de la mesa y caminaron juntos por el pasillo casi sin hablar.

La sala estaba repleta y los asientos delanteros estaban ocupados, lógicamente uno de los profesores hizo un ademán sugiriendo levantarse a aquellos distraídos que se sentaron sin considerar la presencia de un ciego en el lugar.

Una vez instalados, Diana continuaba a su lado como en un sueño del que Miguel no quería despertar, las palabras pausadas del decano de la facultad estaban llenas de significados (solo para aquellos que acababan de despertarse con el café). En cambio Miguel sentía un barullo interno que lo trastornaba, como una especie de diálogo a gritos entre sus arterias, mente y corazón. La sangre bombeaba ligeramente dejando calientes las venas, colocándolo en un estado incendiario propio de un hombre apasionado.

Al abandonar la conferencia Diana se despidió con un beso anaranjado, lo hizo con la ternura de quien logra despertar melodías en los violines sin cuerdas.

Miguel caminó rumbo a casa repitiendo unas treinta y cuatro veces el nombre de Diana Freidman.

Capítulo 9.

Imaginando a Diana Freidman.

Esa noche pensó en Diana, en unos pechos suaves, en un cuello adomado con algún collar, en los cabellos sueltos que se enredarían entre sus dedos impregnados de tabaco. Imaginó unas caderas poco salientes, sus dientes desparejos pero graciosos y su perfume, su dulce perfume rojizo.

La habitación de su cuarto tenía un olor uniforme difícil de describir en un solo olor, solo por las mañanas se perfumaba con el aroma del café.

Esa noche su habitación tenía olor a primavera y allí se podía oler el perfume de Diana Freidman.

Capítulo 10.

La Espera y el encuentro.

La noche pasó lentamente en un insomnio provocado por las incendiadas escenas eróticas.

La claridad del día arribó de una forma mas esperanzadora que de costumbre, despertar no era en esta ocasión una mala noticia para Miguel.

A diferencia del día anterior, el clima no estaba soleado, sino que llovía intensamente sobre la ciudad. Eran las nueve en punto de la mañana y Miguel esperaba ansioso la presencia de Diana en la punta de la primera fila del lado derecho, repitiendo la misma formula de encuentro.

La gente comenzaba a llegar de a poco, la conferencia comenzaría a las nueve y treinta pero la sala a esa hora estaba casi completa, en un momento una mujer (cuyo perfume no es fácil de describir) intentó sentarse a su lado haciendo mucho ruido con algunas bolsas de nylon y papel.

Miguel dijo que el asiento estaba ocupado pero que la persona había ido al baño, esta mujer resopló, chistó y se fue con sus bultos sonoros a otra parte.

Los sonidistas (que eran los mismos estudiantes, repetían monótonamente el un, dos, tres de la previa), la gente aprovechaba para estornudar, hablar por teléfono y repartir pastillas a los vecinos de asiento.

La ausencia de Diana comenzaba a inquietarlo, se sentía plantado en una cita imaginaria, ya que no habían quedado en nada, solo habían intercambiado algunas palabras al pasar, pero lo fundamental, habían compartido un cálido perfume con la complicidad de unos futuros amantes.

Cuando los parlantes empezaron a reproducir en gran volumen las apagadas palabras de uno de los expositores de la mesa conferencial, Miguel perdió las últimas esperanzas y se concentró en las veinte primeras palabras de buenos días y agradecimiento de concurrencia a pesar de la lluviosa mañana.

Cuando habían pasado unos veinte minutos de discurso y las situaciones clínicas a analizar y debatir estaban planteadas a los presentes, sintió como el perfume dulce de Diana venía en su dirección. No pudo esconder su sonrisa detrás de su ceguera, Diana había llegado con retraso y se sentó a su lado saludándolo con un suave codazo de camaradería que le despertó nuevas esperanzas.

Entonces aquel perfume exquisito hizo nuevamente su trabajo de seducción como lo había hecho ayer, despertando el deseo de tocar, de oler, de comer.

Esta vez el debate se hizo eternamente encantador, Miguel disfrutaba de la presencia de esa dulce dama que desprendía con sus movimientos, vapores de la llovizna cálida de verano.

En su pollera habían gotas de charcos pisados en el apuro de no llegar en hora, su paraguas se secaba en la alfombra de aquella sala de conferencias filtrando la humedad al supuesto parquet de abajo.

Mientras las preguntas surgían en el público, Diana observaba los ojos ciegos azules de Miguel, los mismos que la miraban sintiendo un contorno de temperaturas.

Las jornadas habían finalizado con un aplauso de pie y un brindis en el halls del hotel donde Miguel y Diana conversaron entre copas de champagne.

Capítulo 11.

Reconocerse y amarse con la luz apagada.

Quedaron en encontrarse esa noche en la casa de Miguel a las diez de la noche para continuar la charla que parecían querer continuar.

Eran las diez menos diez y Miguel tenía la certeza de que esa noche sería más que especial, se atravesaron tantos pensamientos por su mente que no podía imaginar una escena en concreto, en su cabeza Diana y él habían hecho todo lo que dos personas que se gustan desean hacer.

El timbre sonó, Miguel abrió la puerta y se encontró con la sorpresa de un cambio de perfume que lo desanimó en apenas un olfateo natural, ella le dio un beso en puntas de pie y apresurándose dejó en la mesa un paquete, excusándose antes de tiempo por el cambio de perfume.

- Imaginé que eso te iba a desorientar y juro que no fue a propósito, pero cuando llegué esta tarde a casa, me encontré con que el frasco de perfume estaba vacío, así que ante la desnudez de fragancia me

puse un perfume ajeno, es de mi madre, le parece muy feo Miguel?

-Si, Bueno no, en realidad me tomó increíblemente por sorpresa ya que esperaba ver rojos al sentirla pero ahora solo veo violetas. De todos modos el nuevo perfume no oculta su inmensa belleza.

Se sentaron en la mesa donde bebieron y comieron (mitad de la bandeja de Miguel, mitad del paquete que trajo Diana) se preguntaron cosas personales, se hicieron chistes mutuos, se conocieron un poco mas en esa confortable situación de complicidad.

Diana aprovechó de la compañía de un ciego para estar menos presionada por su apariencia, de todos modos, una voz entrecortada o débil es síntoma de fealdad, por lo que intentaba imponer en sus palabras un toque de cierta calidez y femineidad.

Es cierto que la imagen presiona pero al mismo tiempo al estar privado de la imagen hay otros detalles que no pueden dejarse al azar. Para Diana cuidar la estética de su voz, de su perfume y de su piel eran un nuevo desafío.

Si bien el cambio de perfume lo había desorientado y hasta confundido sobre la verdadera identidad de Diana, eso no lo había deserotizado, Miguel continuaba deseando profundamente sumergirse en los brazos de esa mujer, mas allá de todo.

Ya era medianoche y estaban finalizando el encuentro con un café acompañado de algunas confesiones.

Diana no tuvo miedo de preguntar como era que él se la imaginaba físicamente.

-Entonces cómo cree que soy si nunca me tocó?

Miguel bastante erotizado y sorprendido por su pregunta, aprovechó para seducirla sin temor.

Fue allí que colocó sus manos en sus hombros y le dijo al oído:

Una mujer tan inteligente y graciosa como usted, solo puede ser linda pero sobre todo deliciosa al gusto y al tacto.

El juego que habían comenzado de forma aniñada se estaba convirtiendo en una escena de adultos, Miguel levantó con sus dos manos la cabellera espesa y enmarañada de Diana soplando dulcemente el cuello dejándola en un estado de total erizamiento.

Dijo que imaginaba que sus cabellos espesos y ondeados eran de color negro como la noche y que seguramente sus cejas eran expresivas y graciosas como sus ojos repletos de pestañas.

No solo era cierto lo que Miguel decía con gran firmeza sino que Diana estaba completamente entregada a sus brazos. Entonces los dedos gruesos de Miguel contornearon las cejas y los ojos cerrados que dejaban ver un estado de intenso placer.

En sus yemas quedaban restos de rimel que quitaría con un simple frotar de dedos antes de continuar con el delineamiento del rostro femenino y coqueto de Diana.

Tocó tímidamente la punta de la nariz, afirmando las pequeñas dimensiones de esta, luego acarició su mentón con las uñas, besándola en la frente como quiso desde el primer día.

Cuando Miguel describió por primera vez a esta mujer dijo "Es una muchacha muy atractiva, con el mejor perfume que sentí en mi vida, con una voz firme y al mismo tiempo dulce y con la altura ideal para besarle la frente".

Las caricias continuaron regalándose mutuo placer, ahora Diana adivinaría como era Miguel recorriéndolo con los ojos cerrados, en ese momento eran dos ciegos en busca de la misma imagen.

Los cuerpos enredados y hambrientos eran carne con miles de bocas y sin ojos.

Cathy Burghi.